

# La transacción/1

(I) La moneda de cambio

**J. J. Muñoz-Cobo**

*2019*

## Capítulo I

# La Familia

Cuando decidí escribir este libro —o este libelo—, pensé que habría que explicar algunas cosas, para ir entendiendo toda la trama. Porque aquí entramos tres familias, son tres familias de las que hablo: la familia Díez Serrano, la familia Martínez y, por último, la familia Garrido Corchero. Y es que sobre esas tres familias versa el libro, aunque, más que nada, sobre la segunda y la tercera.

Empezamos por la familia Díez Serrano: son dos hermanos huérfanos de madre, y cuyo padre se casó en segundas nupcias, pero la madrastra no los quería. Prácticamente, él los abandonó por el amor de esa mujer, así que se tuvieron que buscar la vida, en especial el mayor —Domingo—, que, aparte de ser un tío bastante cerdo, es un gorrón y un obseso sexual, le gustan las niñas, y ¡no me digas cómo se sacó la carrera!, pero era Doctor Ingeniero de Telecomunicación. Y por aquel entonces los ingenieros llevaban uniforme, y con uniforme se casó. Después está su hermano, a quien Domingo sacó adelante y le ayudó en todo lo que pudo, pues se hizo médico y se casó con una funcionaria del Ministerio de Educación, Concha, con la cual tuvo tres hijos, de los cuales murió uno, de modo que quedaron dos: Conchita y Manolito. Dentro de lo que cabe, Manuel y Concha se portaron bien conmigo,

aunque a mi madre no la podían ni ver, pues era un poco rarita. Pero nos fijaremos en Domingo, que es el que iba a ser mi padrastro, y que, cuando se casó el once de junio de 1962, ya sabía de mi existencia. Esa fue una de las condiciones para aceptar aquel matrimonio, aunque para mí que ahí no había ni amor, ni nada, pues Domingo llegó a Andújar buscado una mujer y, encima, que tuviera pelas. Así que María Luisa Delgado, la mujer de De Pedro fue quien les presentó; él iba sólo por el dinero, pues mi madre tenía. Lo único que hizo Domingo fue dar el braguetazo del siglo, pues encima era estéril y no servía para nada, en todos los aspectos.

El caso es que esto es como la pescadilla que se come la cola. No se casaba con este o con el otro, porque quería apropiarse del dinero, y resulta que luego se lo entrega en mano a un farsante obseso y de todo, y por nada.

La familia Martínez es muy extensa y grande, aunque hay que aclarar que mi abuela —María Teresa Lópiz Candalija— estuvo casada dos veces, pues su primer matrimonio fue con Rafael Muñoz-Cobo, con el cual tuvo dos hijas. Al parecer, él era administrador de aduanas, y lo detuvieron cuando vivían en la calle Alfonso XIII, al lado del Retiro, por unos comentarios —según dicen—, y se lo llevaron a la cárcel. Después lo trasladaron a Jaén y, al final, Carrillo y la Pasionaria lo mataron pistola en mano. Él dejaba dos hijas: Teresa y María.

Mi abuela, cuando estaba su marido en la cárcel de Jaén —según me contó su cuñada, Tía Rosario—, hacía de todo, pues más o menos se prostituían para poder comer y poder cubrir otras necesidades, porque, aunque fueran gente pudiente, durante la guerra escaseaba todo. Y, según mi abuela, su cuñada también hacía lo mismo. En una palabra, son tal para cual.

El caso es que al poco de morir su primer marido —perdón, mejor dicho; después de que lo asesinaran Carrillo y la Pasionaria en Paracuellos del Jarama (Madrid)—, ella se casó con un hombre que tenía una empresa de camiones, con el que ya tenía relaciones desde antes de que la hubieran dejado viuda. Este nuevo esposo se llamaba José Martínez Artesani, que después tuvo una flota de camiones. Este hombre era muy buena persona en todos los aspectos, pero lo que no sé es cómo aguantó a aquella mujer hasta la muerte, pues ella tenía mucho carácter y bemoles, y no se cortaba nada para conseguir lo que quería. Tuvo con

él ocho hijos, de los cuales viven seis: Eduardo, Pepe, Manolo, Carmen, Pili y Charo. Tuvo que ser intervenida de apendicitis en el último parto, y, de no haber sido así, habría seguido pariendo, pues aquello ocurrió cuando ella tenía treinta y tres años.

Al morir, su primer marido había dejado un albacea para cuidar de lo que le dejaba a las niñas Tere y Mary. Este albacea era su hermano José “El Sordo”, Conde del Prado, que vivía en Granada.

Teresa Lópiz era muy refinada, y no le gustaban los niños, de modo que disponía de servicio en casa, aparte de vivir en un chalet a la entrada de Andújar. A pesar de eso, tenía a todas sus hijas mayores internadas en Córdoba, y a los varones en los Escolapios en Sevilla, y a todos los veía sólo en las épocas estivales, pues no aguantaba a nadie.

El tiempo fue pasando, y la mayor de sus hijas, Teresa, se puso novia con un sevillano y se independizó aparte de toda la familia materna. Veía a su familia más bien poco, pues ella se creía que era la marquesa y que todos le debían pleitesía. Por su parte, mi madre conoció a alguien; con el tiempo, yo me enteraría de que era mi padre, aunque no por boca de ella, pues ese es el secreto mejor guardado por ella en toda su vida —y teniendo en cuenta que esta familia es bastante cotilla.

De los hermanos de mi madre —de todos ellos los hermanos—, tengo que decir sólo valen dos, y destacando especialmente a uno, pues el resto de los hermanos dejan mucho que desear por su conducta, su interés, su envidia, su odio y sus malos hábitos. Hay otras dos cosas que tienen en común; primero, la falta de comprensión hacia su madre; segundo, la falta de cariño por parte de la madre. Y es que ninguno la quería como debiera, puesto que ella despotricaba y hablaba de todos ellos, y alguno de sus hijos la echó de casa y la puso o de patitas en la calle, por meterse donde no le importaba. Porque ella se metía en todo y le daba igual; era una mujer egoísta, siempre era yo primero, después yo y siempre yo. Aún más: tenía una cosa muy peculiar y es que como mujer era muy caliente; es decir, que no le amargaba un dulce un palito con campanas. Todas las mujeres de la familia Martínez Lópiz salieron así, a excepción de una que era invertida; así, una se casó de penalti, otra abandonó a su hijo —o sea, a mí—, a otra le gustaban los casados y otra las almejas... El caso es que, excepto la mayor, el resto han dado que hablar de una forma u otra, pero la peor fue la que abandonó a su hijo y engañó a su familia.

En resumidas cuentas, entre los hermanos no ha habido muy buena armonía. Ninguno de los hermanos no se podía ver con los demás, no había muy buena relación, principalmente cuando ya todos estaban casados. Pero de pequeños era otra cosa, y no había esa mezquindad y malas artes que habría posteriormente. Y, sin embargo, el día que murió la madre, todos se amaban y querían, y sin enterrarla ya habían vaciado casi toda la casa. Es el caso de Pili, fue a por un halcón; y otros o más intentaron llevarse otras cosas.

He dicho que solamente valían dos hermanos en la familia de mi madre. Empezaremos por Carmen, que es de admirar, pues, con la vida que le tocó vivir, tuvo una cosa muy clara, que era dar de comer a sus hijos, aunque ella no pudiera comer. Fue muy buena madre, pues se desvivió por sus hijos y no los dejó nunca solos, ni nada de eso. Estuvo siempre junto a su hija, la que tenía un problema de cadera, y le dio fuerzas para tener que aguantar todo el calvario de quirófanos que tuvo que soportar. La madre se pegaba todo ese tiempo durmiendo en una silla y malcomiendo.

El otro es Pepe, una persona noble, honrada, humana gentil, buen hijo y marido. Lleva muchos años casado —ya pasó de los cincuenta—, y nunca lo he visto pelear o discutir con su mujer. Ha hecho por su familia lo que no está escrito, y eso que fue víctima de críticas de todos sus hermanos, por llevar las tierras de sus padres; todos lo ponían de ladrón para arriba, y, cuando murió la madre, intentaron quitarle todo lo que podían, por el odio y el mal que hacer de la madre. Resulta que él trabajaba en la Junta de Energía Nuclear o Ciemat, como su hermano Eduardo, pero dejó este trabajo para llevar las tierras de sus padres. ¡Cuántas veces se habrá arrepentido de ello!, y más, como les ponían sus hermanos, pues decían que estaba robando. Yo quisiera haber visto a sus hermanos levantarse a las cuatro o las cinco de la mañana, o incluso antes, para montarse catorce o quince horas en un tractor, traer, llevar gente etc. etc. Lo mala que es la agricultura, que ninguno de los otros habría sido capaz de hacer las barbaridades que él tuvo que hacer por ganarse un pedazo de pan, ¡y tener que estar siempre en boca de sus hermanos...! Eso es lo que hizo aquella madre con sus hijos: generar odio y envidia, para que todos ellos se llevasen mal, a excepción de mi madre, que yo creo que es lo único que ha hecho bien en esta vida —pero no somos quiénes juzgar; para eso hay un Dios que proveerá en

su momento. Pues este tipo de envidia, realmente, es por jorobar a mala leche, es decir, por la enseñanza que les dio su madre. Y lo cierto es que ninguno de ellos hubiese tenido las agallas que tuvo Pepe de dejar un trabajo fijo para meterse en un trabajo que sería una incertidumbre, y en el cual sus hermanos nunca lo mirarían bien. Y eso que gracias a él tuvieron algo el día que su madre murió, y ni siquiera se lo agradecieron; es más, le quisieron sacar los ojos y todavía más.

Por último, la familia Garrido Corchero, que es también de la provincia de Jaén, de Higuera de Calatrava. Son cuatro hermanos, hijos de un médico traumatólogo: Pilar, Amparo, Luciano y César. Este último es mi padre, pero no lo conocí nunca, y no sé el motivo, pues unos dicen que no quiso saber nada de mí, mientras que otros dicen que sí quiso casarse, pero quien no le dejó fue mi abuela. Amparo vivía en Puebla —en Méjico— y se casó con un primo suyo gracias a una dispensa papal. Ella tiene dos hijos: Carlos, que es médico traumatólogo, y Mayte, que estudió Historia. Pilar tuvo tres hijos; es decir, dos hijas y un hijo. Una de las hijas es un 53% esquizofrenia, y la otra más o menos igual, y además había sido objeto de una violación en Madrid. A ésta le quitaron un hijo los servicios sociales y estuvieron a punto de quitarle el otro. Luciano se casó y tuvo tres hijos, pero abandonó a su familia por otra mujer —Marisa— y no quiso saber más de ellos. Por último mi padre, César, igualmente médico traumatólogo, trabajaba en Málaga y se casó con una mujer que tenía poliomielitis. En una ocasión hablé con ella y me dijo que era azafata de Iberia; para mí que le hizo la vida imposible. Él murió debido a una infección vírica en 2001.

## Capítulo II

### **Benavente**

Sigo sin entender qué hay de malo en que una pareja heterosexual tenga relaciones sexuales antes del matrimonio, pues pienso que hay más conocimiento entre ambos congéneres, y más confianza. Pero lo que nunca voy a entender es lo que en aquellos años se llamaba “carabina”, que era aquella persona encargada de vigilar la actuación de una pareja, para que no hicieran nada: ni besos, ni abrazos, ni sexo. Muchas parejas tolean a la “carabina” y consiguen lo que quieren, de una forma u otra, si bien cada vez existe menos esta figura contemplativa e insulsa de la relación de una pareja, porque cada vez sabemos más y nacemos sabiendo, y no hay tanto misterio y tanta vergüenza de contar lo que es la realidad de un hombre y una mujer, o del amor que se profesan dos seres, ya sean del mismo o de distinto sexo.

Por aquel entonces, mi madre y César se conocían y se veían muchas veces en casa de Manolo Valenzuela, lugar adonde iban mucho para no tener que llevar la “carabina” a cuestras, función que, para no variar, le correspondía a mi queridísima abuela. Por aquellos años (1960), siempre había familias —por ambas partes— que imponían su voluntad de forma tajante sin importar nada: ni los daños morales o psíquicos

que puedan causar a todas las personas que intervienen en ello, como ocurrió en esta ocasión.

Lo digo porque, viendo lo que mi madre y yo hemos vivido, hubo más tratos malos que buenos. Actualmente, eso estaría penado por ley, pero en aquella época se veía bien los malos tratos domésticos y encima se aplaudían; incluso se jactaban de lo bien que lo hacían, debido al machismo y caciquismo existente en la época. Y encima tenían la cara de echar las culpas a otras personas de lo acontecido, y también se ocultaban, pues por aquel entonces la mujer se aguantaba la pleitesía del marido o de los padres. Pero lo mío podían ser malos tratos físicos y psicológicos; yo he recibido de ambos. Desde el momento en que mi madre se quedó embarazada y lo supo y se lo dijo a sus padres, empezaron los malos tratos físicos y psíquicos por parte de su madre; nunca por parte del que hacía las funciones de padre, que era una bellísima persona y nunca habría hecho nada malo contra ella. Y es que él había criado a sus hijas, aunque no era su padre real, pero lo querían como si lo fuera, pues las trataba como si fuesen hijas suyas, incluso dándoles más mimos que su propia madre.

Cuando mi madre les dijo a sus padres que estaba embarazada, a pesar de ser una persona bobalicona y medio tonta —le decías: «Quédate ahí», y se quedaba sin rechistar—, ellos vieron la forma de resolverlo, y más mi abuela que mi abuelo, pues tenía que guardar y tapar sus vergüenzas, dado que tenían buena posición social dentro de la provincia.

Me pregunto si la solución que optó por tomar mi abuela en su momento fue la más acertada, porque para mi parecer lo que hizo fue desgraciar a una persona de por vida, pues, según me consta, César sí quiso casarse y sí quería al hijo, pero mi abuela fue la que castró esta situación y posiblemente coaccionó a este señor. Y es que, según me comentaba en una ocasión Fabio —el marido de mi tía Carmen—, él lo conoció y le dijo que tenía pavor a la familia y que, cuando acudía a su consulta algún miembro de la familia, César salía corriendo o tenía pánico de que le fueran hacer algo. Me pregunto qué hay de cierto en todo esto y qué fue lo que se calló de este rompecabezas, pero sí me llama la atención todo este embrollo. Y todavía me llama más la atención que le quisieran echar un sambenito que no es suyo, por decir que César les mandó una carta para recomendar un producto para provocar un aborto. Pues aquello estaba penado, y más si ese medico que lo re-

comendaba era el padre de la criatura; aún no entiendo este tema, sobre todo, porque mi madre no habló, que es la única que lo puede aclarar, pero me da la sensación que los tiros tienen que ir por ahí.

No se les ocurrió otra cosa que decírselo a los sacerdotes que conocían habitualmente, y que eran los padres Paúles. Estos empezaron a tomar la delantera y así es como empezaron las cosas. Pero hubo algo que no les dijo a ellos, ni a su propio marido, y es que mi queridísima abuela aplicó una buena sanción a su hija cuando se enteró del tema, pues, en vez de ayudarla y apoyarla, la estuvo maltratando; resulta que, teniendo servicio en la casa, la ponía a fregar de rodillas los pasillos y las habitaciones de la casa. Y le ponía una faja, para que el embarazo no se le notara. Hasta que se la llevó, tras un acuerdo que hizo con los padres Paúles de Andújar, después de pasar cinco meses de embarazo.

Fue todo cosa de mi abuela y de los Paúles. Y más exactamente, del Padre Pascual, pues fue él quien intervino en todo ello. Yo, con el tiempo, lo conocería y él me lo acabo contando: el plan fue de mi abuela y él se encargó de decir a toda la familia que mi madre se iba con una prima suya a Estrasburgo y que pasaría una temporada por la zona. Pero realmente lo que estuvo haciendo es recorrer España, y alejándose de Andalucía, para que nadie se enterase de nada, y así acallar el tema de por vida. Empezó estando en casa de la madre del Padre Pascual, pero al parecer se llevaba muy mal con ella. Después, la estuvieron llevando por varios conventos en la zona de Galicia, pero no la acogieron, así que terminó marchándose a la zona de Zamora, y al final llegó a Benavente, donde había alguien que conocía a este Padre Pascual. Tu vieron que recorrer varios sitios, pues, cuando las monjas se enteraban de lo que quería hacer, les daban puertas, porque no querían que se tuviese un hijo de esa forma y que después me inscribiesen como hijo de mi abuela. Imaginaos el trauma que tuvo que pasar esa joven en aquel momento, con unos 24 años más o menos: trauma, vergüenza y, por último, el temor a esa mujer y madre que la maltrataba, y la cual no quería que nadie supiera nada de lo que estaba aconteciendo, ni de que su hija hubiera cometido un delito. Sí, porque el pecado de la carne es uno de los pecados más antiguos del mundo, y quien anda con él ya se sabe a lo que se expone, a no ser que haga la marcha atrás o use el preservativo. Aunque desconozco si en aquella época se usaba o si había medios para conseguirlo, pero lo que sí creo es que no estaba al alcance de todos.

Pero tengo que decir que ella también tuvo mucha culpa de lo que pasó, porque, aunque digan que es medio tonta, ella tenía medios para sacar a su hijo adelante y no lo hizo, sino que lo abandonó por orden de su madre. De hecho, nunca reconocería a su hijo como tal.

Estando ya en Benavente, empezaron por conocer al matrimonio Paramio: Felipe y Rosa. Ella era la comadrona de la Policlínica que había en ese lugar, y le dijo que la asistiría el parto, bajo una condición: que antes de que cumpliese los seis años tenían que sacarme de la inclusa, porque después era peor. Después de esa edad, ya entraba en el Colegio de los niños de San Idelfonso, los niños cantores de la lotería de Navidad. Ella tenía conocimiento de lo que iban hacer mi madre y mi abuela, y si no me sacaban por entonces, pondrían el tema en conocimiento de las autoridades, para que éstas tomaran las medidas que estimasen oportunas, puesto que lo que estaban haciendo era falsear datos y abandono de un menor o neonato.

La inclusa era un lugar donde se dejaban a los niños abandonados o a los que no querían sus madres, para su posterior adopción. En ese lugar aprendías lo imprescindible y, encima, por si fuera poco, entonces era cuando empezaron las adopciones irregulares o ilegales, pero ese no fue mi caso, y desconozco si llegué a estar en esa situación. Pienso que no, dado que, al parecer, estaba a cargo de una monja.

Tras todo lo acontecido y todos los malos tratos que dieron a mi madre, al fin nací yo en la Policlínica de Benavente (Zamora) a las dos de la mañana del nueve de octubre de 1960, un día de lluvia y truenos. Así vine al mundo, y Rosa, la comadrona, fue la que me inscribió al día siguiente en el Registro Civil de esa localidad, con el nombre de José Javier Martínez Lópiz, hijo de mis abuelos y hermano de mi madre y de mis tíos. Una vez finalizado el parto y, tras recuperarse un poco mi madre, cogieron un coche para Madrid y se pusieron en camino, pero antes telegrafiaron a mi abuelo a Andújar, diciendo: «La compañía de teatro está contratada» —esa era la contraseña de que todo había ido bien y que había nacido un varón.

Así que mi abuela, mi madre y yo salimos para Madrid y mi abuelo salió también para Madrid, pero desde Andújar. En Madrid se juntarían todos en una pensión de la Plaza Mayor, donde permanecerían un día de descanso y al día siguiente —que era el día de Nuestra Señora del Pilar—, me dejarían abandonado entregándome a una monja en la

inclusa a las seis de la mañana. En esa inclusa, una monja llamada Sor Irene Jorbart ya tenía conocimiento del tema, y ella fue quien se hizo cargo de mí hasta que salí de ese lugar, ya con casi seis años. Mis abuelos y mi madre regresaron para Andújar. Y, durante todo el tiempo que permanecí en la inclusa, mi madre ni se molestó en saber de mí, ni en ir a verme, para nada de nada.

Según manifestaciones de mi abuela, ella fue la única que habló del tema, aparte de su hijo Pepe y su mujer Charo, los cuales se enterarían del acontecimiento después de la muerte de mi abuelo, y como consecuencia de las idas y venidas de Charito con hombres casados. Sólo entonces se lo contó mi abuela. A Pepe y Charo les hicieron jurar y perjurar que nadie lo supiese. Pero sucedió que, cuando mis abuelos volvieron con mi madre —la cual se supone que venía de Estrasburgo—, ya mi tía Charo empezaba a salir con mi tío y, al ver a mi madre, le dijo: «Mary, tienes los pechos como si acabases de parir», y no se dijo más, quedando dichas palabras en el olvido. Pero, con el tiempo, le encajarían y lo recordaría mi tía.

A mis tíos, mis abuelos les dijeron quién era el padre y que éste había mandado varias cartas, para resolver el asunto y que incluso había recomendado un medio para provocar el aborto. Estas cosas desconocemos si son verdad o no, pues nunca se ha visto nada de esa carta. Lo que sí se puede saber y conocer es que a mi abuela César no le gustaba, pues venía con un descapotable —al parecer, un Jaguar de color rojo—, y venía para casarse con mi madre. Ella decía que era para quedarse con la finca, pues a él le gustaba mucho la caza, y, según ella, era muy sinvergüenza. Sin embargo, según lo que me dijo mi tío, mi padre tenía mala fama de ser buen chuleta, y se había escuchado que daba a los dos palos en el sexo. Aunque eso se escuchó posteriormente a través de alguien de la familia que se lo había beneficiado —tanto él como su hermano.

Sobre el tema del aborto... No sé si había medios, o si se podía realizar de la forma que ellas decían; es decir, que él les había remitido una carta dando dichos medios. Yo lo pongo en duda, pues, al ser un médico, sabía que podía perder su carrera por una cosa de este tipo, y más en la España por esa época. Y con los riegos que todo eso suponía... Dudo mucho de que lo hiciera, pues tan tonto no creo que fuera. Y más sabiendo lo perra que era mi abuela, porque, de ser cierta esa famosa carta, podía correr el riesgo de que esa carta cayera en manos

de las autoridades, de modo que ella lo hubiera podido hundir más de lo que lo hundió; podría haberlo hundido de por vida.

Según tengo entendido, él quería casarse con mi madre, pero no le dejaron, por lo que ya lo sabemos. Y después le debieron de hacer la vida imposible, porque, tras todo eso, cuando él veía a alguien de la familia se descomponía vivo. ¿Qué pasaría en esa conversación? Nadie lo sabe.

Todavía hoy me hago muchas preguntas, y no me cansaré de hacérmelas: ¿por qué estoy aquí?, ¿por qué no me quedé en el hospicio o en la inclusa?, ¿para qué me sacaron? No sé, cada uno nacemos con nuestra estrella, y por eso algunos nacen estrellados, como es mi caso, y otros con estrella. Nadie pide nacer, ni puede elegir a sus padres, pero tampoco hay que quejarse, teniendo en cuenta la mendicidad y la podredumbre existente en el mundo. Y siempre tenemos que mirar para adelante, porque siempre hay gente que está en peores circunstancias que nosotros. Yo no pedí nacer, y menos aún en aquella época en que ocurrió, para después pasar todo lo que he tenido que tragar; una parte, por callarme, y otra por no ponerme en mi sitio y por dejarme llevar.

No obstante, como veréis a lo largo de toda mi vida, siempre he vivido la imposición de algo y nunca mi propia voluntad. Es decir, que nunca he podido elegir por mí mismo lo que hacer, siempre ha habido un contratiempo detrás de otro, como si el mal agüero me persiguiera. No sé si porque era mi ego, o porque me lo han ido imponiendo a lo largo de mi vida; unas veces por miedo cuando era pequeño, otras por temor a equivocarme o falta de valor, otras por indecisión... El caso es que no ha sido muy halagüeña mi vida, como se verá.

Recuerdo que hasta los dieciocho años era mucho más afable y más cariñoso, aunque mis padres no lo eran conmigo, porque yo era un estorbo para ellos, no me querían, y no les faltaba momento para dejarme por ahí, en casa de familiares, o mandarme a un internado, o dejarme solo en casa. Yo era para ellos como una imposición que les habían colocado, y en especial para mi madre, que me había parido; yo era su grano en el culo de por vida. Ahí estaba la cosa latente que la traumatizó durante una larga temporada, o de por vida. Al otro le daba igual, e iba a lo que iba: a robar, hablando en una palabra, pues es lo que ha hecho toda su vida, aprovecharse de todo el mundo.

## Capítulo III

# Madrid

Ahora siento que me habría gustado nacer con la sapiencia de ahora, porque así sí que iban a cambiar las cosas y no estar siempre con la angustia de si me llega el dinero o no, o si me van a llamar de algún juzgado por algún impago o similar. Y con más mala leche para poder darme cuenta de qué es lo que buscan de mí las otras personas. Y ser más espabilado a la hora de elegir la gente con la que juntarme, y no haber tenido una vida de tanta soledad y de desorden... siempre comiéndome el coco por lo mismo o por no haber disfrutado de la vida, pues he perdido casi todo en la vida y siempre hago lo mismo.

Bueno, como dije anteriormente, nací el nueve de octubre de 1960 a las dos de la mañana, y allí, en el mismo hospital, fui bautizado por primera vez, como José Javier Martínez Lópiz, hijo de José y de María Teresa. Luego, y tras recuperarse mi madre, salimos camino para Madrid mi madre, mi abuela y yo. No me preguntéis cuánto se tardó, pero sí sé —por las malas lenguas y por lo que hayan querido contar— que a mi abuelo, para que nadie se enterase del suceso, le remitieron este telegrama: «La compañía de teatro está contratada». Eso significaba que había nacido un varón, y que él tenía que viajar a Madrid, para encontrarse con ellas, en un hotel o pensión próximo a la Puerta del Sol de

Madrid, donde el día de la Hispanidad, de España, el día de la Pilarica, a las seis de la mañana, me abandonarían y me dejarían en un cesto en la puerta de la inclusa de O'Donnell. Y que ese cesto tenía reseña y lo cogería en su momento una monja que se llamaba Sor Irene Jorbart, a la cual estuve viendo continuadamente desde el día que salí de la inclusa hasta el día diecinueve de mayo de 1968, día que la vi por última vez; no he vuelto a saber de ella nunca más. Con el tiempo, encontré entre todos los papeles que llegué a localizar una carta de Sor Irene Jorbart, que en realidad se llamaba Enriqueta Jorbart, y que resultó ser, al parecer, la madre superiora de la Policlínica de Benavente y después la superiora en la Inclusa de Madrid. Desconozco si su nombre episcopal era Sor Irene, o si es que yo no sabía pronunciar su nombre, o bien lo utilizaron a para atar cabos y que no se descubriese su identidad real.